

do á vd. que ha de quedar vd. menos disgustado de lo que me queda por decir, que de lo que he dicho hasta ahora. De todos modos es su atento y seguro servidor y desea ser su amigo.

JUAN VALERA.

II

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: A pesar de todo mi escepticismo, es tanto lo que me agrada y consuela eso que vd. asegura de que tenemos un cuerpo fluido inmortal, que me inclino muchísimo á darlo por probado.

No se contenta vd. con aducir argumentos teóricos en favor de tal aserto; sino que sostiene que la existencia de dichos cuerpos fluidos, sutiles é indivisibles (que si vd. me permite seguiremos llamando almas, por ser más breve), se sabe por experiencia: esto es, que desde muy antiguo estamos en comunicación con las almas, y que no es delirio sino realidad la *psicogogia* ó nigromancia: el arte de evocar á los muertos y de traerlos á que hablen con los vivos. Las historias profanas y sagradas están llenas de casos semejantes. Saul evoca por medio de la Pitonisa de Endor, la sombra ó alma de Samuel; Pausanias de Bizancio, la de su querida Cleonice; y Periandro la de su esposa Melisa. Con el andar del tiempo, parece que este arte ha adelantado mucho, y hoy se llama *espiritismo*.

Yo no he de negar aquí el *espiritismo*; pero he de apuntar ciertas dudas que me asaltan.

Esos espíritus ó cuerpos ténues, imperceptibles á nuestros sentidos en el estado normal de éstos, ¿por qué han de ser precisamente almas humanas, separadas de sus cuerpos? ¿No podrán ser otro linaje de seres? Como vd. desecha toda religión positiva, yo me guardaré bien el suponer, ni por medio minuto, que puedan ser diablos ó ángeles; pero ¿por qué no serán duendes, ondinas, sílfides, driadas, gnomos ó algo así? Ya que vd. da por segura la existencia de esos cuerpos orgánicos, ténues y etéreos, debe vd. ser consecuente y no creer que los tales cuerpos solo se crían para envainarse en cuerpos sólidos humanos y animarlos. ¿Por qué no los ha de haber que bailen por el aire ó penetren en las entrañas de la tierra, ó vivan en el seno de los mares, y hasta en la luz y en el fuego, y desdeñen de encerrarse en ese forro ó guarda-polvo de nuestros cuerpos sólidos visibles? Ello es que las historias están llenas también de amores, amistades y tratos de estos seres con personas de nuestra especie, que han tenido bastante perspicacia y agudeza en los ojos ó en los oídos para verlos ó para hablar con ellos.

El padre Fuente de la Peña ha escrito con buen tino sobre estas relaciones de hombres y de mujeres con entes racionales, no humanos, y por lo común invisibles, que viven en nuestro planeta. Y más singular y luminosamente ha tratado el asunto, en una obra eruditísima, el reverendo padre Sinistrari del Ameno. Aseguro á vd. que son divertidísimos los verídicos amoríos

que refiere este último padre, de mujeres con duendes y de hombres con sílfides y salamandras. ¿Quién sabe si el precioso cuento de Carlos Nodier, del duende escocés enamorado de la joven casada, será un sucedido?

Pero, en fin, para facilitar nuestra filsofía, demos por de ningún valer las objeciones anteriores y declaremos que los tales cuerpos fluidos, inteligentes y con conciencia, solo se crían para informar nuestros cuerpos sólidos; y que dichos cuerpos fluidos, que son inmortales, ó están cesantes y de bureo y huelga hasta colocarse en un cuerpo nuevo, ó están empaquetados, *incorporados* y en activo servicio.

Da vd. tales señas y tales pruebas sobre dichos cuerpos fluidos, que es menester creer ó reventar, como vulgarmente se dice.

El gran sabio inglés Guillermo Crookes, de la Sociedad Real de Londres, acude muy á tiempo en auxilio de vd. con su *radiómetro*. La sustancia contenida en el tubo de vidrio del aparato llega al más asombroso estado de rarefacción, y despliega entonces sus propiedades y su energía. Esto es lo que llaman *materia radiante*, pero inorgánica. Y vd. raciocina con excelente lógica al suponer que hay otra *materia radiante* orgánica, y que de ella están confeccionadas nuestras almas. Esta *materia radiante* orgánica ha de ser más difícil de estudiar, á causa de su extrema sutileza; pero á lo que vd. asegura, el citado sabio Guillermo Crookes, que rarifica la materia, acertó á condensar un espíritu que iba de tapadillo, á oír sus lecciones, y logró hacerle patente á los ojos de todos sus discípulos. Sie'e

fotógrafos que estaban allí, con sendas máquinas ó cámaras oscuras, sacaron retratos del espíritu desde diversos puntos de vista.

Ya, pues, no cabe duda. Hay seres *monocorpóreos*, como vd. los llama, organismos sutiles, inteligentes, cuerpos fluidos vivos, que se han visto y que hasta se han fotografiado.

Con estos cuerpos se explica todo, y el progreso individual no es una quimera. Hasta se me pasa el susto, que ya había tenido á veces, de que todo este trabajo que estamos dando los hombres, fuese inútil para nosotros, porque pudiese sobrevenir otra raza que fuera con relación á nosotros, lo que nosotros somos con relación al gorila, y que nos mandase á paseo ó tal vez nos destruyese. Ahora ya importa poco esto. Nuestros cuerpos fluidos, inmortales, saldrán ganando siempre, y tendrán por estuche ó envoltura, si nueva raza aparece, cuerpos sólidos más gallardos y primorosos.

En el movimiento ascensional y en la transformación de las especies, lo que hay en nosotros de individual (el cuerpo fluido) saldrá siempre mejorado.

Me parece que vd. sabrá, como yo, que no fué Darwin el primero á quien se le ocurrió el transformismo. Ya desde muy antiguo le habían imaginado otros sabios. Algo indica de ello el ilustre Juan Bautista Porta en su *Magia natural*; y todavía es más explícito, aunque vivió mucho antes, en tiempo de León X, el elegante y docto poeta Fracastoro, el cual expresamente predice que aunque han de aparecer en su día y sazón nuevos seres

*Certa dies animalia terris
Mostravit nova: nascentur pecudesque feræque,
Sponte sua, primaque animas ab origine sument.*

Y para salvar la dificultad y quitarnos el recelo de que si los seres nuevos son de naturaleza superior y titánica, nos dejen vencidos, acoquinados y humillados, Fracastoro tiene cuidado de advertir que las almas de estos titanes serán las mismas que ya informaron ó que informan hoy seres de orden inferior, pues no es otra la interpretación que debemos dar al *primaque animas ab origine sument*.

Vengan en hora buena nuevas castas más briosas y adelantadas. Nuestros cuerpos fluidos las animarán y cada día haciéndose más listos y aprendiendo más habilidades. Lo que hasta hoy no ha logrado hacer sino tal cual sugeto muy aventajado, lo hará en las venideras edades cualquier niño de la doctrina.

Hasta hoy, y va de ejemplo, solo sabios de primera magnitud, como Pitágoras, Apolonio de Tyana, Hermitino de Clasomene, Miss Wilkinson, profetiza yankee, y ciertos anacoretas del Tibet, aciertan á desprenderse de sus cuerpos sólidos cuando se les antoja, y van á millares de leguas de distancia para saber lo que sucede allí, ó para hacer una visita á un amigo, ó para acudir á algún negocio urgente y volverse al cuerpo sólido. En lo futuro hasta las personas menos distinguidas y más ignorantes harán esto con la misma facilidad con que se beben ahora un vaso de agua. Así es que, á primera vista, como todo se hará con maravillosa rapidez, parecerá que habremos adquirido el don de la ubicuidad.

Otra de las gracias que luciremos, una vez desprendidos del cuerpo sólido, será la de la compenetrabilidad. Nos meteremos por el ojo de una aguja; nos filtraremos al través de un muro; podremos celebrar un *meeting* de miles de personas en el hueco de una cáscara de avellana.

Nuestras conversaciones ó conferencias con los cuerpos fluidos cesantes, ó dígase con lo que vulgarmente se ha llamado hasta hoy almas de los muertos, sombras ó manes, serán más frecuentes, fáciles y luminosas. Nos instruiremos más de este modo; no nos costará fatiga ninguna la evocación, y no nos aterrará la vista del espectro del difunto, como ahora suele aterrarse á los más valerosos. Sea testigo de esta verdad el ilustre Eliphax Levi que no pudo resistir la presencia de Apolonio, á quien habia evocado, y perdió la voz, y sintió un frío horrible y no pudo hacer nada de provecho, según él mismo confiesa.

Es verdad, sin embargo, que lo terrorífico de la aparición tal vez consista en que eso se hace por medios reprobados, apelando á la magia y valiéndose de conjuros, á los que las sombras ó manes no pueden obedecer, pero que las traen harto enojadas y aún furiosas. Cuando la evocación es natural, cortés y lícita, la sombra ó cuerpos fluidos acuden de buen talante y de apacible humor, y hay ya bastantes hombres de mérito que han tenido entrevistas y conferencias amenas é instructivas.

Usted cita muchos libros en que los señores que han tenido conversación con los espíritus las han redactado y publicado.

Confieso modestamente mi ignorancia; no he leído ninguno de esos libros que usted cita; pero deseo leerlos porque deben de contener mucha y alta doctrina. No hablan de molestar a los muertos en venir a hablar con los vivos para decir tonterías y vulgaridades. Y no las dirá de seguro ese libro, titulado *Ley de amor*, recogido por el Dr. Chávez Aparicio y publicado por el Círculo de estudios psicológicos de San Luis Potosí, ya que está lleno, según vd., de pensamientos profundos y es prueba palmaria de la inmortalidad de nuestro ser.

Si guiendo ahora por el camino de perfección que nuestro ser lleva, creo que, después de estas comunicaciones con los cuerpos fluidos ó espíritus, viene como grado superior, el adquirir la memoria y la clara percepción de cuanto nos sucedió en las vidas pasadas desde que empezamos a tener conciencia, tal vez desde que fuimos hombres pitecoides.

Los sujetos de mediano valer solo tienen, hasta hoy, vaguísimos y confusos recuerdos de sus vidas pasadas, los cuales recuerdos dan á veces cierta luz de sí, en sueños, y nos acuden y ayudan también en el estudio, ya que hay ciencias y artes que aprendemos á escape, como si antes las hubiéramos sabido, y otras, acaso más fáciles en absoluto, que se nos hacen más difíciles, por la novedad completa que para nosotros tienen. Pero si tal es el grado de progreso al que, en este punto, se ha llegado por lo general, ya, desde muy antiguo, empezando por el sabio de Samos, hubo y hay hombres que recuerdan todas sus vidas, y están dotados, por lo tanto, de la sublime prudencia y del profundo saber que da la experiencia de miles de años.

Lo que más me encanta y seduce, como resultado útil de este saber profundo á que todos hemos de llegar, es eso de que vd. habla sobre la transformación del dolor en placer. Ahora somos tan torpes que no sabemos hacer que no nos duela, sino que nos dé gusto cuando nos duela. En lo futuro, no será así. Y en vez de quejarnos, por ejemplo, de que á media noche nos despertemos con un dolor de muelas, exclamaremos muy satisfechos: "He tenido un regalado *placer de muelas*, á media noche." Y esto no porque la impresión recibida en los nervios deje de ser la misma, sino porque el cuerpo fluido, no lerdo ya si no ágil y muy instruido, sabrá recibir la impresión por el lado que conviene, aprendiéndola con tal arte, que en vez de serle ingrata, le sea grata y aun deleitosa.

No teniendo ya necesidad de sufrir dolor, y siendo placer todo, seremos todos bonísimos, medraremos con inteligencia y amor, según vd. augura.

Pero como tanto bien se encerraría en muy ruín vivienda, si jamás pudiésemos salir de este globo, vd. afirma que otro paso más de la educación del cuerpo fluido es el adiestrarse en salir de la tierra, y volar por los espacios interplanetarios é intersidérales, visitando á los habitantes de los demás mundos que pueblan el éter. A fin de alcanzar esta virtud es menester tanto requisito que apenas hay hombre, en el estado actual de la cultura humana terrestre, que valga para ello. Lo que sí es indudable es que en otros soles ó planetas están ya más adelantados que aquí y hay cuerpos fluidos que viajan de mundo en mundo cuando quieren.

De estos viajeros ha habido no pocos que se han

quedado en la tierra por larga temporada, y nos han hecho inmensos beneficios promoviendo nuestra ilustración y enseñándonos artes, virtudes y disciplinas de subido precio. Yo no puedo menos de convenir con vd. en que Sócrates, Zoroastro, Sakiamuni, Confucio, Merlin, Numa y otros sabios profetas y fundadores de religiones, tuvieron por alma cuerpos fluidos, descendidos de algún astro, donde se había progresado más que entre nosotros, y dichos cuerpos fluidos, encarnando aquí en el seno de alguna joven honrada, hermosa y pura, cumplieron benéfica misión. Provino de estos hechos repetidos la creencia, persistente entre todos los pueblos, de que hay ó hubo semidioses, *avatares*, ó hijos del cielo venidos á la tierra. Y así cuando los poetas querían adular á algún soberano ó poderoso magnate, le decían, aunque no fuese verdad, que era hijo de éste ó del otro dios, como dijeron de Rama y de Alejandro de Macedonia; y como cantó Virgilio del hijo del cónsul Polion, suponiendo que bajó del cielo:

Jam nova progenies caelo demittitur alto.

Esta habilidad de escaparse de la tierra é irse por el éter de mundo en mundo, es aún rarísima en nuestro globo. Lo que es yo no sé sino de un hombre de quien se pueda creer que la ha tenido, el famoso filósofo sueco Manuel Swedenborg. Sabido es, no obstante, que este varón admirable no acertó á pasar de nuestro sistema planetario, y, si bien le recorrió casi todo, sus visitas más frecuentes fueron á Mercurio, que está cerca, y cuyos habitantes están más adelantados que nosotros, aunque, por lo mismo, ni nos estiman ni nos quieren bien. En cambio, en Vénus, donde Sweden-

borg también estuvo, es cosa de no poder vivir siendo persona decente, porque Vénus está poblada de una raza descomedida y grosera de gigantes que no piensan en nada elevado y bueno, sino en holgarse por manera bestial y sucia.

Como quiera que ello sea, lo que sí es lícito afirmar es que dentro de pocos siglos hará cualquiera ser humano de esta tierra lo que hizo Swedenborg, pocos años há, con general asombro de los nacidos. Es más: la mayoría de los seres humanos nos adelantaremos á Swedenborg y dispararemos nuestros cuerpos fluidos mucho mas allá de la órbita de Urano, á través de los frigidísimos espacios intersidérales, é iremos á parar en planetas de mil soles remotos.

Creo que vd. ha de confesar que me muestro enterado de su doctrina y que voy llegando bien á las últimas consecuencias, sobre las cuales he de dar mi opinión. Hoy ya no es posible, porque se ha hecho larguísima esta carta. El lunes que viene escribiré á vd. de nuevo su afectísimo amigo y admirador.

JUAN VALERA.

III

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Según lo que va expuesto, se cumple por arte indefectible hasta hoy, y es de esperar que siga cumpliéndose en lo futuro, la ley del progreso que vd. afirma y que nos lleva hacia la perfección.

Todos los problemas que vd. procura resolver en su